



## Capítulo 638: Fafnir, es muy diferente.

Vergil parpadeó una vez.

Por otra parte.

Inclinó ligeramente la cabeza, evaluando el coloso de escamas doradas que tenía ante sí —una leyenda viviente, una entidad que sólo debería existir en libros antiguos e historias contadas alrededor de fogatas.

"...Zafiro," murmuró con la calma de alguien tratando de asegurarse de que no estuviera delirando, "ese es Fafnir. Fafnir."

Zafiro giró el dedo, como si dijera "sí, sí, adelante"

Vergil respiró profundamente.

Y finalmente soltó, completamente perplejo:

"¿No debería estar muerto? Quiero decir... en la historia, Siegfried lo mata, ¿no?"

El efecto fue inmediato.

El aire vibró.





El magma detrás de Fafnir se elevó en columnas como explosiones de indignación.

Y todo el dragón se levantó, abriendo sus gigantescas alas que atravesaban el aire de la cueva. El sonido de la fricción era tan ensordecedor que Virgilio casi pensó que estaba bajo una avalancha de rocas.

Sus ojos dorados se entrecerraron y ardieron de rabia.

"HUMANO..."

La voz de Fafnir llenó todo el volcán, reverberando como metal al rojo vivo siendo martillado.

"...SI TE ATREVES A REPETIR ESA PATÉTICA MENTIRA UNA VEZ MÁS—"



Se lanzó hacia adelante, acercándose a Virgilio con dientes del tamaño de espadas, escupiendo puro calor de su garganta.

"—¡TE CONVERTIRÉ EN CENIZAS ANTES DE QUE TU ESPADA TOQUE EL SUELO!"

Vergil ni siquiera se inmutó —simplemente levantó una ceja.

Zafiro puso los ojos en blanco, como si presenciara esto por milésima vez.

"Fafnir, por favor... no grites. Despertarás la mitad de la montaña."



El dragón giró su hocico hacia ella, irritado.

"¡ESTÁ REPITIENDO ESAS RIDÍCULAS HISTORIAS DE HUMANOS TONTOS! HISTORIAS DONDE CRIATURAS PATÉTICAS ME MATAN — ¡¿A MÍ?!"

"Sí, en efecto," dijo Zafiro, cruzando los brazos, "las historias que sigues diciendo son inventos sin sentido, pero que claramente te ofenden."

Fafnir replicó con un rugido agudo, haciendo eco del hierro y del odio antiguo.

Vergil, todavía tranquilo, comentó:

"Entonces... Siegfried no te mató."

"¡NO!"



El dragón golpeó su cola, haciendo temblar el suelo.

"¡SI ALGÚN MORTAL RIDÍCULO HUBIERA INTENTADO ALGO ASÍ, HABRÍA SUFRIDO UNA MUERTE TAN LENTA QUE NI SIQUIERA LAS RELIGIONES SE ATREVERÍAN A CONTARLO!"

Zafiro le dio unas palmaditas juguetonas en el brazo a Virgilio.

"Enhorabuena. Lo molestaste en cinco segundos. Eso debe ser un récord."

Virgilio suspiró.

"Solo hice una pregunta lógica."

Fafnir gruñó fuerte.

Un sonido que decía claramente: haz otra pregunta así y te tragaré entero.

Luego, Zafiro se volvió para enfrentarse nuevamente al dragón con una sonrisa aguda:

"Ahora que ya terminaste de retorcerte... vayamos al grano."

Fafnir bajó la cabeza, resoplando, pero todavía hirviendo de irritación.

"...¿Qué quieres esta vez, Reina Demonio?"

Zafiro sonrió como si ya supiera que él iba a ceder.

"Material. El tipo que sólo tú puedes proporcionar."

Y el dragón entrecerró los ojos —esta vez no con furia, sino en reconocimiento.

Y resignación. Profundo, amargo e inevitable. Fafnir sabía exactamente cuánto le debía a Zafiro. Y que no había escapatoria.

Fafnir entrecerró los ojos, inclinando su colosal cabeza como si intentara asegurarse de oír correctamente.





"¿Qué material quieres ahora, Reina Demonio?"

Su voz era baja, profunda, cargada de antigua exasperación. "La última vez que tomaste mi maldita balanza para forjar un arma."

Zafiro apoyaba una mano sobre su cadera y balanceaba la otra con indiferencia.

"Sí. Lo hice."

Virgilio ya percibía, por el cambio de tono, que se avecinaba una provocación.

"Y nunca volveré a tomar algo tan débil."

El silencio que siguió fue... denso.

Incluso el magma parecía contener la respiración.

Un músculo gigantesco tembló en la mandíbula de Fafnir.

"...¿Débil?" repitió, gruñendo como un trueno áspero. "Mis escamas son más fuertes que cualquier metal que exista en este miserable plano, tú—"

"Sí, sí," Zafiro interrumpido por desdén musical. "Tan fuerte que la lanza que hice con ellos no duró ni un año."

Virgilio dejó escapar un sonido apagado de incredulidad.





Fafnir, a su vez, rugió y la llama se elevó en su garganta como protesta directa contra el insulto.

"¡ESTO ES CULPA DE TU INCOMPETENTE HERRERO! ¡Mis escamas son prácticamente indestructibles! Ni siquiera los dioses nórdicos pudieron—"

"Por supuesto," ella asintió con un ligero sarcasmo, "por eso rompí cinco armas hechas con ellos. Cinco, Fafnir."

El dragón se congeló por un instante.

No por miedo—sino por un tipo específico de indignación que sólo las criaturas antiguas y orgullosas pueden lograr.

Abrió la boca, claramente listo para una respuesta ardiente e insultos que harían caer nieve ácida sobre Asgard...



Pero Zafiro ya estaba analizando la cueva, ignorando la dracónica crisis del ego como se ignora a un perro furioso tras las rejas.

"Finalmente..."

Apretó las manos a la espalda y sus ojos brillaron con peligrosa naturalidad.

"Dame un diente."

Fafnir parpadeó.



Virgilio también lo hizo.

Toda la cueva parecía parpadear.

"...A...¿qué?"

La voz de Fafnir salió un poco más fina de lo que le hubiera gustado.

"Un diente," repitió casualmente. "Quiero hacer un arma decente."

Fafnir dio un paso atrás y sus garras brillaron en el suelo.

"¿ESTÁS PIDIENDO UNO DE MIS DIENTES?!"

Zafiro sonrió con falsa dulzura—el tipo de sonrisa que hizo que los dioses reconsideraran sus decisiones.



"No es preguntar, Fafnir. Es exigente."

Virgilio cruzó los brazos y observó cómo el dragón ardía lentamente emocionalmente.

Fafnir respiraba pesadamente —cada exhalación era una bocanada de humo dorado que sacudía las paredes de la cueva, como si el propio volcán estuviera tratando de seguir el ritmo de la furia dracónica. Sus alas colosales temblaban de ira contenida, pero también... de algo que Virgilio sólo podía identificar como vergüenza.



El Dragón Dorado, una criatura que había inspirado leyendas durante milenios, parecía un gato mojado y humillado ante Zafiro.

Virgilio inclinó la cabeza, genuinamente curioso— y con la provocativa calma que sólo él poseía ante un ser capaz de destruir montañas con un estornudo gruñón.

"Tengo una pregunta", dijo cruzando los brazos.

Fafnir lentamente dirigió su mirada dorada y llameante hacia él, como si ya estuviera preparado para amenazar la vida del medio demonio una vez más.

"¿QUÉ?" Rugir. Temblor. Grietas en el techo. Cosas normales.

Vergil ignoró todo y preguntó con absoluta sencillez:

"¿Por qué le debes tanto a mi esposa? Después de todo... conozco a Sapphire desde hace casi dos años y nunca he escuchado ninguna historia de su pasado que te involucre."

Zafiro sonrió levemente.

Fafnir, por el contrario, pareció ahogarse ante su propia indignación.

Su cola golpeó el suelo, enviando chispas y piedras fundidas volando por el aire.

"¡Yo... no le debo NADA a—!"







Zafiro levantó un dedo y cortó la oleada del dragón como si fuera una cuchilla.

"Fafnir."

Su voz no era fuerte.

No era amenazante.

Pero fue suficiente para que el gigantesco wyrm cerrara la boca— y se tragara el rugido que se había ido elevando.

Con una renuencia casi infantil, miró hacia otro lado, presionando sus garras contra el suelo.

Virgilio arqueó una ceja.

"...Entonces lo haces."

Zafiro dio dos pasos hacia adelante, girando la muñeca con un ligero gesto, y explicó con la tranquilidad de alguien describiendo un viaje al mercado:

"Salvé a ese gran tonto de morir a manos de Siegfried."

Silencio.

Un silencio profundo, absoluto y surrealista.

Vergil parpadeó una vez.



Por otra parte.

Luego miró a Zafiro...

Luego en Fafnir.

El dragón cerró sus alas, intentando encoger su colosal cuerpo como si pudiera desaparecer en su propia sombra—una visión demasiado absurda para ser real. Fafnir, el Terror Dorado, el Azote de los Dioses, se encogió como un niño sorprendido haciendo algo mal.

Y entonces Virgilio emitió un sonido.

Primero un suspiro contenido.

Luego un estallido de risas.

Y por último...

Una explosión de carcajadas.

Una risa tan intensa, profunda, vibrante, que resonó por toda la cueva como si el propio volcán se estuviera riendo.

El suelo tembló.

Las estalactitas vibraron.





El magma burbujeaba como si hubiera sido empujado por una fuerza divina.

Vergil se agarró el estómago, casi perdiendo el equilibrio mientras la risa lo abrumaba —una risa genuina, limpia y desarmante.

Zafiro cruzó los brazos y sonrió, contento de verlo reír así. Era raro. Muy raro.

En cuanto a Fafnir...

Fafnir estaba al borde del colapso.

"¡¡¡DEJA DE REÍRTE DE MÍ, BASTARDO—!!"

"Lo siento. —!" Vergil intentó decirlo entre risas, pero fracasó por completo. "Es solo que— Fafnir... el gran Fafnir... casi se convirtió en barbacoa para un mortal en la historia..."

Otra ola de risas.

Fafnir rugió de dolorosa indignación.

"¡ESTE HUMANO NO ERA UN HUMANO DEL NORTE! ¡ESTABA MALDITO! UNA ESPADA HECHA DE—!"

Zafiro le dio un ligero pisotón en el pie.





"Y aún así, habría muerto si yo no hubiera intervenido."

Fafnir se congeló.

Virgilio se ahogó entre risas.

Toda la cueva parecía suspirar.

Zafiro terminado:

"Este dragón seguía diciendo que no necesitaba ayuda. Hasta que se dio cuenta de que Siegfried iba a empalarlo."

"¡EL MORTAL TRAICIONÓ LAS REGLAS DE LA BATALLA!" Fafnir rugió.  
"¡USÓ UNA TRAMPA! ¡UN ESCUDO ENCANTADO! ¡ESE MALDITO CHICO—  
!"



"Sí, Fafnir", dijo Sapphire, ya aburrido de la historia. "Y te salvé. Así como salvé tu tesoro, tu honor y tu vida."

Fafnir cerró los ojos con profunda frustración, como si cada palabra fuera una uña clavándose en su propio ego.

Vergil finalmente controló su risa—pero aún tenía una gran sonrisa en su rostro.

"Entonces... le debes tu existencia a mi esposa."

El dragón emitió un sonido tan feo que parecía un caldero hirviendo de quejas.



"...Yo... reconozco... que debo... algo..."

Vergil levantó un dedo.

"Un diente, por ejemplo."

"¡CÁLLATE!" Fafnir explotó.

Zafiro aplaudió una vez, llamando la atención de los dos.

"Genial. Ahora que la verdad y la humillación han quedado sobre la mesa..."  
Señaló a Fafnir.

"Dame el diente."

El dragón suspiró—un suspiro que lo derrotó y pulverizó piedras.

Y Vergil... Vergil simplemente sonrió.

